

JOSÉ CARLOS CHIARAMONTE, 1931-2024

Eduardo Míguez¹

Tras noventa y dos años de una vida fecunda, ilustrada, creativa y detallista nos ha dejado José Carlos Chiaramonte, gran historiador, cuya obra ha enriquecido nuestro acervo en las últimas seis décadas. Tuvo una larga y estrecha vinculación con nuestra Universidad Nacional del Centro. Desarrolló aquí diversas actividades docentes, dictó conferencias, publicó algunos de sus trabajos en este *Anuario*, cuyo comité editorial integraba, y su destacada trayectoria fue reconocida con el otorgamiento de un doctorado *honoris causa*. Por muchos años nos visitó con cierta regularidad, y sin duda ha tenido en nuestra casa, al igual que en muchos otros lugares de Argentina y América Latina, una enorme influencia historiográfica. Varios de los integrantes de nuestro Departamento tuvieron una relación estrecha con él y, por mi parte, fue un gran amigo, que, además de contribuir con sus comentarios a enriquecer mis trabajos, fue compañero de muchos momentos gratos, combinando distensión con intercambio profesional.

Tanto por sus vínculos con nuestra casa y con el que esto escribe como por su enorme significado y larga trayectoria historiográfica, la reflexión sobre su vida y su obra puede extenderse por muchas páginas. No es esta la ocasión, sin embargo, para ello. Al despedir a nuestro querido gran colega, entonces, nos limitaremos a señalar los rasgos más salientes de su vida historiográfica.

Hace unos años, en el prólogo a la edición del año 2012 de *Nacionalismo y liberalismo económicos*, escribí que Chiaramonte siempre había sido un historiador de las ideas. Comentando mi texto, me dijo que su primera reacción fue de rechazo a esta concepción, pensando en lo mucho que había hecho en historia económica e historia política. Sin embargo, al ver la explicación del argumento, no le pareció inadecuado. Para pensar su historiografía no puede dejar de mencionarse que, como tantos miembros de su generación, su primera adhesión política y metodológica estuvo asociada al marxismo. Su paso juvenil por el Partido Comunista, seguido de su temprana ruptura con esa organización política (lo que no evitó que sufriera largos años de exilio en México durante la última dictadura militar), y su más lento y paulatino alejamiento del marxismo como teoría social comprensiva son importantes para entender su trayectoria. Aquel materialismo metodológico llevó a que alguien como él, con

¹ Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Agradezco la lectura del texto por Roberto Di Stefano, Noemí Goldman, Nora Souto y Fernando Devoto, y sus ajustadas sugerencias.

vocación por la literatura y la historia, pero formado como filósofo –pese a lo cual, optaría por la profesión de estudioso del pasado y adquiriría una enorme sensibilidad de historiador– buscara las bases económicas y sociales de las ideas que estudiaba. Tema crucial de los años 1960, el desarrollo nacional, especialmente industrial, lo llevó a pensar las ideas proteccionistas de los años 1870 y, para explicarlas, hurgó en la economía y la política de aquel momento, hasta concretar uno de los clásicos más importantes de la historiografía argentina de la segunda mitad del siglo xx, el citado *Nacionalismo y liberalismo económicos*, publicado por primera vez en 1971, el año previo a que Chiaramonte se instalara como profesor en la Universidad Nacional del Sur, en Bahía Blanca, habiendo abandonado sus cargos en Paraná y la dirección de la Escuela Normal de Rosario.

Precedida por otros trabajos, esta obra, fruto de largos años de labor, es uno de los hitos centrales de su legado. En ella intentó explicar una ley de aranceles que, acompañada por proyectos industrialistas, iba más allá de los propósitos fiscales. Para ello reconstruyó una evolución económica marcada por las crisis europeas de 1866 y 1873, propiciando cambios de políticas en la búsqueda de respuestas a sus efectos locales. Aquella ley emergió de una dinámica política que entrelazaba las tensiones partidistas con un cierto consenso ideológico general, para dar lugar a negociaciones pragmáticas en torno a las estrategias de crecimiento. Un rasgo notable de este temprano trabajo, y revelador de su profesionalismo, es que la conclusión, al señalar la inviabilidad del proyecto industrialista de entonces, daba una respuesta que no era acorde al espíritu de aquellos tiempos (que insistía en buscar las raíces del atraso argentino en las políticas oligárquicas), pero que era una coherente conclusión de sus investigaciones. Como dijo años más tarde, en una entrevista publicada en el *Boletín* del Ravignani n° 45, “La disciplina intelectual no se debe modificar por ningún interés por importante que sea”. Aquella obra, por lo demás, dejaría una marca no solo en relación con su tema central: sus capítulos sobre economía y sobre política continúan siendo hoy una válida alternativa interpretativa de los problemas que abordan.

Retrotraerse del proteccionismo de los años 1870 a la polémica de 1830 sobre política comercial entre el porteño José María Roxas y Patrón y el gobernador de Corrientes Pedro Ferré era un camino obvio, sobre todo para un hijo del litoral –nacido en Arroyo Seco, próximo a Rosario, y docente en Paraná en sus primeras experiencias como profesor universitario–; camino que había emprendido tiempo atrás y que eventualmente dio lugar a ese modelo de historia provincial que es *Mercaderes del Litoral* (1991). En él partió de estudiar las realidades de la sociedad correntina que inspiraron las ideas de Ferré, adoptando un patrón interpretativo similar, en cierto modo, al de *Nacionalismo...*, al buscar en las bases materiales, sociales y políticas la raíz de la adopción de estrategias de desarrollo y discursivas. Sin embargo, la radical diferencia en la estructura de la obra marca la amplitud de su enfoque historiográfico y la ductilidad profesional de su autor. Con un modelo bien clásico, *Mercaderes...* se inicia con una caracterización física, social y económica de Corrientes y nos lleva, a través de la política

y la fiscalidad, a la pregunta de partida que se convierte en punto de llegada: las ideas proteccionistas que Pedro Ferré defendiera en aquella polémica.

El estudio de Corrientes mostró la importancia de la fiscalidad para explicar las complejas relaciones entre las provincias y Buenos Aires, lo que derivó en estudios comparativos de la fiscalidad de las litorales en la etapa rosista. Lo que estos mostraban era cómo la concentración portuaria en la antigua capital (a diferencia de la competencia entre distintos puertos, por ejemplo, en el modelo federal de Estados Unidos) y la oposición porteña al comercio exterior de las provincias (por ejemplo, con la prohibición de navegación internacional en los ríos internos o, como mostraría la historiografía posterior, teniendo precisamente sus trabajos como referencia, los intentos de Rosas por obstaculizar el comercio transcordillerano) condenaban a estas a una situación de pauperismo fiscal que agravaba las ya de por sí desiguales ventajas económicas, acentuando su dependencia de Buenos Aires.

Esta línea de reflexión, confluyendo con sus antiguos estudios sobre la Ilustración rioplatense, lo condujo a reconsiderar el proceso de construcción del federalismo en el marco del pensamiento de la revolución. De allí surgirían los grandes temas que concitaron sus esfuerzos en las últimas décadas. Por un lado, la derivación de la revolución en el federalismo como forma de gobierno, al que dedicaría gran cantidad de trabajos, los más significativos reunidos en *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la nación argentina (1800-1846)* (1997) y, ampliando la mirada para ver el Río de la Plata en un contexto más amplio, *Raíces históricas del federalismo latinoamericano* (2016).

Rápidamente, Chiaramonte llegó a la conclusión de que la revolución porteña de 1810, más que sentar las bases para el nacimiento de la Argentina como nación, había retrovertido la soberanía en “los pueblos”, las ciudades centros del poder colonial que, sin la presencia de la Corona, quedaban dueñas de su propio destino para asociarse en un organismo mayor que era más una tradicional confederación que el sistema federal recientemente desarrollado por los norteamericanos. Aquí, la teoría política a disposición de los actores revolucionarios jugaba un papel importante, propiciando la laxa y desigual organización confederal de la primera mitad del siglo XIX.

Esto explica que su estrategia de investigación cambiara en esta larga etapa final de su obra. Si en *Nacionalismo... y Mercaderes...* había buscado las bases socioeconómicas de las ideas, en este momento, sin olvidar los condicionantes materiales, centraba su indagación en las tradiciones intelectuales, los instrumentos conceptuales que permitirían ir formulando las concepciones del orden político que las jóvenes revoluciones demandaban. Como él mismo ha señalado, también cambió su forma de escribir historia. Los libros previos respondían a un plan de trabajo de largo aliento, que intentaba articular un proceso explicativo de comienzo a fin. En cambio, luego más bien buscaba núcleos problemáticos claves y trataba cada uno en una serie de ensayos independientes, que más tarde reuniría en libros, en ocasiones con el agregado de nuevos capítulos, según los problemas que el desarrollo de sus argumentos iban descubriendo. Las ideas generales, que son bien claras cuando se mira en su conjunto

la obra de Chiaramonte en esta etapa, se van construyendo por el tratamiento de recortes específicos. Y como abordó estos problemas de manera simultánea y encontró las vetas que los interconectaban, muchas veces se entrecruzan en las compilaciones que reúnen sus trabajos. Por otro lado, como se ha dicho, ellos lo retrotraían al estudio del pensamiento ilustrado, que había cultivado en sus primeros pasos. Pero ahora, con una mirada completamente renovada: eran las continuidades ideológicas que atravesaban la revolución y continuaban hasta avanzados los años medios del siglo XIX lo que llamó su atención, nudo problemático que se abría en varias líneas de trabajo.

Por un lado, pensar las provincias autónomas lo devolvía al tema de la nación, presente en sus primeras inquietudes, como vimos. Y como el título antes citado muestra (*Ciudades, provincias, Estados...*), la relación entre su surgimiento y las provincias. Quizás una de las marcas más firmes y perdurables de su legado ha sido advertir sobre la necesidad de repensar de manera crítica los orígenes ideológicos e institucionales de las naciones, cuya existencia tiende a ser considerada, por la propia naturaleza de ellas, autoevidente, pero cuyo proceso formativo es mucho más complejo de lo que esta mirada esencialista y teleológica sugiere. Trabajos reunidos en *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana* (1991), *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias* (2004) y su aporte a la compilación que hicieron junto a Carlos Marichal y Aimer Granados, *Crear la Nación* (2008), son hitos cruciales de esta reflexión. Y dejaron una marca indeleble en la historiografía actual, advertida de que la realidad de la República Argentina como nación anterior a 1853-1862 es un hecho problemático, anacrónico, que no puede darse por sentado como lo hacían tanto la historiografía de tradición mitrista como el llamado revisionismo histórico.

¿Pero cuál es el entorno intelectual que proveía los instrumentos conceptuales de que se valían los actores políticos de los tormentosos años que mediaron entre 1808 y 1862? En esta etapa de su obra, reflejada en el ya mencionado *Nación y Estado en Iberoamérica...* y en *Fundamentos intelectuales y políticos de las independencias. Notas para una nueva historia intelectual de Iberoamérica* (2010), un tema crucial fue el peso del derecho natural de autores como Hugo Grocio, Samuel von Pufendorf, Emer de Vattel (al que dedicó especial consideración, por ser una fuente importante en la difusión de estas ideas), no solo en el pensamiento de los promotores de la independencia latinoamericana, y de sus continuadores hasta entrada la segunda mitad del siglo XIX, sino el paralelo en este sentido con la previa independencia norteamericana, en ese caso más bien bajo la influencia de John Locke. Esta comparación, que según nos cuenta, apareció tempranamente en sus ideas, ha sido un tema poco abordado por la historiografía, y sus indagaciones con este enfoque lo acercaron a grandes historiadores norteamericanos, como Bernard Bailyn y Gordon Wood.

Naturalmente, aquella tradición intelectual moldeaba las formas institucionales. Así, tanto su propia obra como algunos de los trabajos de sus discípulos estudiaron el peso de la "antigua constitución" y las nuevas estructuras políticas en las formas organizativas estatales que fueron emergiendo en las provincias y en los intentos unificado-

res de la primera mitad del siglo XIX. Estos trabajos pusieron en duda la imagen de una “anarquía” carente de formas jurídicas, basada en un poder personal que la tradicional historiografía, inspirada en los ataques de los antirrosistas, denominaba “caudillos”. Recuerdo largas y acaloradas discusiones sobre la pertinencia del término, que reflejaban la pasión con que encaraba su labor.

Imposible intentar una revisión exhaustiva de la larga lista de problemas historiográficos en los que Chiaramonte dejó su marca, desde los *Ensayos sobre la “Ilustración” argentina*, (título, claro, del que más tarde renegaría), allá por 1962, hasta una sistemática revisión de los desafíos y las dificultades de la tarea del historiador. No quiero dejar de destacar esto último, sin embargo, porque formó parte central de sus preocupaciones desde su distanciamiento del marxismo, que le planteaba preguntas de difícil abordaje (*Formas de Sociedad y Estado*, escrito en el exilio y publicado en México, en 1983), hasta *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico* (2013) y su último libro, que su partida nos impidió presentar, *Problemas de la historia y de la Historia*, editado por EUDEBA y la Universidad del Litoral a fines del año pasado. En la primera parte de esta obra, lanza una mirada crítica sobre *Annales*, y su influencia en la historiografía latinoamericana, y en la segunda nos presenta sus últimas inquietudes de historiador, que lo condujeron a una reflexión más amplia sobre la democracia y el régimen representativo. Así, la reflexión sobre la labor del historiador, su vínculo con las concepciones ideológico-políticas, su responsabilidad social, la crítica de vocabularios ambiguos o desacertados y los presupuestos intelectuales subyacentes que no se hallan adecuadamente justificados fueron una dimensión imprescindible de su vocación intelectual.

Además de gran historiador, Chiaramonte fue un severo administrador institucional; ilustra este punto su eficaz foto publicada en la prensa para reclamar recursos que permitieran mejorar el edificio del Instituto Ravignani, a su cargo por largos años, que alberga un invaluable patrimonio bibliográfico y documental. Y más allá de este incidente, su presencia en la prensa como animador del debate cultural fue vívida y controversial. Reconocido como historiador, fue también un intelectual en un sentido más amplio, dotado de una notable profundidad de lecturas y riqueza de opiniones. Sus notas periodísticas abarcaban desde los problemas de actualidad hasta la acerba crítica a los abusos terminológicos.

Debería cerrar aquí estas páginas, pero me resulta imposible hacerlo sin recordar al amigo. Al comienzo, enumeraba los rasgos de su vida y puede causar sorpresa que incluyera su detallismo. Pero, como se sabe, más que virtudes y defectos, los atributos de la personalidad pueden ser ambos, según el caso. Su obsesión por el detalle es una gran virtud de su obra. Esta obsesión, a costa de los mozos, al salir a comer o tomar un café, parodiada por sus nietos en su noventa cumpleaños, creaba momentos incómodos y, eventualmente, suscitaba bromas. La generosidad de su biblioteca personal comprendía desde su invaluable colección historiográfica, una amplia reunión de clásicos literarios, hasta su firme afición por la novela policial, en la que, como en todo,

buscaba la obra y el detalle imprevisto. Así, concluyo recordando al ser humano detrás de aquella ejemplar obra historiográfica.

P.D.: Lo primero que pensé al concluir este texto es que debía enviárselo a José Carlos para que me diera su opinión... Ya no puedo hacerlo como tantas veces; y duele.